

Del momento. No es sino mala educación.

4-18

("Nuevo Mundo", Madrid, 25 junio 1914).

## No es sino mala educación

(En colaboración con Federico Giolli)

En una carta que desde esa Villa y Corte me dirigía hace poco un periodista italiano con quien mantengo relaciones de amistad hace una docena de años, Federico Giolli, al darme cuenta de no haber visitado todavía á un ilustre publicista español, para quien le mandé visita, me agregaba esto que de su carta traduzco y traslado aquí:

«Estoy rehacio todavía en hacer visitas á hombres de letras españoles, porque quiero conocerles antes en sus obras y no presentarme á ellos del todo en ayunas.

He tenido, por lo demás, poca fortuna en alguna tentativa que he hecho por mi propia iniciativa. He escrito, en efecto, algunas cartas á algunos de estos literatos que ya han llegado (*arrivati*) jóvenes y viejos, pidiéndoles permiso para visitarles y conversar sobre temas de vida intelectual española que me interesan, pero no he tenido ni siquiera el gusto de recibir respuesta. ¡Diríase que estos escritores no saben leer! ¡Es claro que debe de ser gente que tiene mucho que hacer y huye con horror de perder el tiempo en chácharas ociosas!»

Me agrega un cumplido porque tengo por costumbre contestar á las cartas que se me dirigen—siempre que no sean impertinencias, de las que quiero decir algo alguna otra vez.

Contesté á Giolli que los más de nuestros *escritores*, por lo que sé de experiencia, padecen de epistologofobia, es más, no saben escribir cartas—y á menudo, ni otras cosas—y están atacados de una desidia que al poco ducho en estos achaques puede parecerle desdén. A muchos de ellos diríase que les importa poco ser conocidos fuera de España, en la que incluyo á las naciones todas de lengua española, pero es porque aun hablando tanto y tan á tontas y á locas do Europa no están muy seguros de que ésta exista, y en todo caso lo que quieren es... ¡cómo diremos? triunfar—¡oh, el triunfo!—en el pequeño cotarro en que se mueven. Y en cuanto á huir de charlas ociosas, apenas hacen otra cosa que charlar ociosamente en peñas de cafés ó de casinos.

Otro amigo mio italiano, Gilberto Beccari, el que me ha traducido, y



VNIVERSIDAD  
DE SALAMANCA

GREDO.SAL.ES



por cierto muy bien, mi *Vida de don Quijote y Sancho* y mi *Sentimiento trágico*, ha escrito, por indicación mía, á escritores españoles pidiéndoles licencia para traducir alguna de sus obras,

y algunos de estos señores ni siquiera le han contestado, aunque sólo fuera para pedirle precio. Porque no todos entran en aquello que tan magnánimamente suponía Castelar al decir, á propósito de un escritor que se quejaba de que le hubiesen traducido sin su permiso y sin pagarle nada por ello, que el escritor prefiero que le traduzcan y no le paguen, á no que le paguen y no le traduzcan. Desgraciadamente no es esto tan verdad. Hay, por desgracia, sedicentes escritores en quienes la codicia ahoga á la ambición de fama y de influencia mental. Y cuentan los triunfos por la cuantía de los trimestres. Y éstos no creen que el extranjero sea productivo.

Vuelvo á Giolli. El cual me escribi6 luego:

«No tengo que hacer sino una excepción, á propósito de Benavente, que me recibió, hace unos meses, apenas llegué, con mucha cortesía, en su calidad de presidente de la Sección literaria del Comité italo-hispano, del que forma parte, y en su calidad de dramaturgo, á quien prometí hacer tiempo traducirle al italiano algún trabajo... Cuando llegué á Madrid, en el mismo hotel en que vivo estaba un joven publicista, Juan Guixé, que se jactaba de haber recibido algún saludo de Benedetto Croce y de algún otro italiano, y me preguntaba, con una especie de curioso estupor, si entraba en las costumbres de los literatos italianos el responder á quien se les dirige. Respondí, naturalmente, que sí, añadiendo que poseo magníficos epistolarios con Fogazzaro, Carducci, D'Annunzio, De Gubernatis, con hombres ilustres en la política, en las letras, en las ciencias, desde mi edad de veinte años, cuando era yo todavía un humildísimo é inédito estudiante de Instituto y recibía, en coloquios con los grandes, el camino y los elementos de una eficaz orientación espiritual, y, recordando estas cosas con el joven Guixé, veía pasar por su cara como una impresión de asombro y á la vez de envidia por tanta facilidad de tratar en mi país con los ingenios elegidos. Aquí—me decía con evidente amargura—no hay



costumbre ni de escribir ni de responder.»

Me agrega Giolli que, conociendo el pesimismo de Guixé respecto á las cosas de España—es nuestro pesimismo profesional y europeizante—no hizo mucho caso de eso, y más recordando su antigua y larga correspondencia epistolar conmigo. Pero luego tuvo que rendirse á la prueba del hecho. Y luego me dice: «¿Es pereza, es desdén, es reserva, es un sentido immoderado é injusto de aristocracia mal entendida lo que así les cierra y les aparta? ¿O acaso es el error sólo mío porque confié no más que en la bondad de mis intenciones y no me imponía á la regla del acostumbrado protocolo vigente en la sociedad elegante donde las presentaciones se hacen por trámite de personas ya introducidas y admitidas? Dios mío, protocolo entre hombres de letras!»

Pues bien, querido amigo Giolli, hay mucho, pero mucho de reserva, de esa maldita suspicacia que tantas buenas intenciones nos ahoga, no hay casi nada de aristocracia ni mal ni bien entendida, y hay muchísimo de ignorancia y de mala educación.

He protestado más de una vez contra eso que algunos nos piden de que vayamos por ahí fuera, allende fronteras, mendigando un poco de atención, haciéndonos los buenos chicos para que presten oídos al recitado de la lección europea que hemos llegado á aprendérnosla como si la hubiésemos inventado, y que luego, dándonos unas palmaditas, nos digan: «vaya, vaya, para ser español no está del todo mal!» He protestado contra los que adulan á los escritores extranjeros buscando correspondencia, pero eso de cerrarse á la banda de la mezquindad de nuestro ámbito de cotarro y ni contestar á cortesés solicitudes, eso ya no debe pasar.

¡Mala educación! Y el fondo de nuestra mala educación no es sino haraganería, haraganería y haraganería. En España hay quien por no emplear media hora en una carta tiene que hablar luego tres. Aunque esto de hablar no se estima pérdida de tiempo en un país de charlatanes que odian la pluma. En cuanto uno de nuestros supuestos grandes oradores se pone á escribir, descúbrese al punto que no sabe... hablar, y que toda su mentada elocuencia no es sino *eloquentia corporis*, timbre y tono de voz, gesto, acción, teatralidad, comiquería. Y por eso, tan pocos y tan malos epistolarios.

Miguel de Unamuno



VNIVERSIDAD  
DE SALAMANCA

GREDO.USAL.ES